

Jorge Luis Borges. *La Cifra*. Madrid. Alianza Editorial, 1981.

Nadie espere encontrar en *La Cifra* algo totalmente diferente de la anterior poesía de Borges. Pero tampoco, la mera repetición de lo anterior. Vuelve a estar la luna, claro, pero junto a ella, el constante vaivén en el que se mueve Borges entre objetos heterogéneos, entre ideas que se contradicen. Hay una cifra del Universo y la vida . . . pero no la conocemos. La entreve-

mos, como a la luna, la perdemos. . . Y siempre presente: la muerte, imponiéndonos límites pero permitiéndonos también la esperanza de una revelación final.

Reconoce el autor que la suya es poesía intelectual. Y, como tal, situada entre el sueño y la vigilia. Maneja a la vez abstracciones e imágenes, mitos y fábulas. Con esta única arma Borges en su peregrinaje incesante, tocando, casi al azar, las construcciones de los hombres: sus ciudades (Ronda, Buenos Aires, ¡como no!), sus religiones (el Islam, el Shinto), sus curiosos oficios: la poesía (W. Blake), la filosofía (Descartes), el crimen (Juan Murafia).

Mientras el hombre común se afana con la lucha para subsistir, los altibajos políticos, los deportes, la bolsa, a Borges le inquieta saber si cuenta o no con un arquetipo personal, la fama que lo acosa y no comprende (ni desea!), el misterio del Japón, cómo reiterar su pasión por Inglaterra, su emoción por Islandia, etc.

Cualquier cosa puede desatar su fluir poético: un gato doméstico, una nueva Enciclopedia, el recuerdo del proyecto literario desmesurado de un amigo muerto.

¿Poesía de salvación? ¡Ciertamente! Contra la amenaza constante de la destrucción, sólo podemos erigir la dignidad de una vida que no ofenda al Angel guardián; de un oficio, aunque minúsculo, bien hecho. Un jardín cultivado, una página bien impresa, el placer de descubrir una etimología . . . bastan para salvar al mundo.

¡Qué cantidad de pensamiento, y también, naturalmente, de emociones sustentándolos, encerrados en el pequeño volumen! La sola serie de diecisiete haikus, por ejemplo, que caben en tres páginas, posibilitan horas de reflexión. "La vieja mano", dice el último de ellos, "sigue trazando versos/para el olvido". La de Borges, para nuestra fortuna.

Carlos Cortínez
Dickinson College.